DON FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALAN*

Vicente Cacho Viu
Universidad de Barcelona

* Conferencia pronunciada en el Congreso de AEPE en Cáceres (agosto de 1976) sobre la Institución Libre de Enseñanza.

Coincidiendo con la crisis finisecular, el nacionalismo catalán aspira a ser el principio de la regeneración de Cataluña, en cuanto su decadencia se achaca al desdibujamiento de su identidad nacional por obra de la creciente influencia castellana sobre el antiguo Principado a partir de la dinastía de los Trastamaras en los comienzos del siglo XV. La doctrina nacionalista, planteada en términos generales, se presenta, además, como posible punto de partida para una nueva estructuración política, más ajustada a la realidad peninsular que la actual separación entre Portugal y el resto de las tierras hispánicas integradas en un Estado español centralizado con capital en Madrid.

Don Francisco Giner, preocupado de siempre por el tema de la decadencia nacional —las causas que la habían originado, sus posibles remedios—, estaba en condiciones de aquilatar la novedad de las tesis catalanistas respecto de las aireadas en la polémica de la ciencia española, que él había seguido tan de cerca en los años iniciales de la Restauración. La causa invocada no era el agotamiento, fruto de una acción exterior descomedida, ni tampoco el ensimismamiento casticista, debido a un divorcio de la trayectoria seguida por el resto de Europa —causas, una y otra, puestas de nuevo en circulación por Ganivet y Unamuno en los años 90—, sino una tercera que Antero de Quental había indicado, junto a estas dos ya mencionadas —la expansión ultramarina y la Contrarreforma—, en su célebre conferencia de 1871 en Lisboa (*Causas de decadência dos povos peninsulares, nos últimos três séculos*): el absolutismo regio, la tendencia autoritaria y centralista, llevada al extremo por las monarquías peninsulares para sacar fuerzas de flaqueza con que mantener sus empresas imperialistas.

Si don Francisco llegó a conocer bien el panorama intelectual portugués gracias a sus reiteradas estancias en aquel país, para detectar el nacimiento y desarrollo de la corriente nacionalista catalana contó con dos excepcionales observatorios, aun sin salir de Madrid: su cátedra de Filosofía del Derecho y la propia Institución Libre de Enseñanza. Dado que su cátedra estaba adscrita a las enseñanzas del doctorado y este no podía cursarse sino en Madrid, discípulos suyos fueron, con mayor o menor asiduidad, muchos estudiantes catalanes que aspiraban a obtener ese grado. Por otra parte, la Institución se fue convirtiendo en el hogar intelectual, en el apeadero madrileño, de muchos catalanes que allí encontraban un ambiente similar al que se movían en Barcelona y que echaban, en cambio, en falta casi por

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

completo en la Villa y Corte. Se trata, en suma, de un contacto, entre don Francisco y los intelectuales catalanistas, muy dilatado en el tiempo, que alcanza por lo menos a dos generaciones sucesivas.

I

En 1885 una representativa comisión barcelonesa trae a Madrid el llamado "Memorial de greuges" en el cual Valentí Almirall había resumido los agravios, tanto de la industria como de las profesiones liberales, ante la política centralista; al margen de los partidos políticos entonces existentes cobra cuerpo, por vez primera, una opinión colectiva que afirma la peculiaridad del área catalana y anticipa la posibilidad de una acción pública conjunta. Las formulaciones más precisas del regionalismo catalán siguen de inmediato a esa afirmación primeriza del catalanismo político. Muy pronto, sin embargo, comenzará a hablarse, no ya de regionalismo, sino de nacionalismo: la elaboración de esta nueva doctrina van a llevarla a cabo la generación finisecular catalana, los coetáneos —para entendernos— de quienes, agrupados en torno a Madrid, solemos denominar como "generación del 98".

Bastantes de aquellos muchachos hicieron en Madrid el doctorado en Derecho y pasaron, en consecuencia, por la cátedra de don Francisco. Destaca entre ellos Josep Soler i Miquel, por haber aceptado plenamente los presupuestos doctrinales del krausismo. El rasgo merece la pena señalarse por lo inusual: el respeto, el cariño incluso, de esos jóvenes catalanes hacia la persona de don Francisco y los ideales que en él veían encarnados, no se extiende por igual a los principios filosóficos que, en último término, inspiran sus convicciones y su actuación. En la Barcelona de la Restauración el positivismo había impuesto muy rápidamente y, en cierta manera, como reacción frente al krausismo, al que se identificaba con el ambiente intelectual madrileño. No era cuestión, pues, tan solo de una divergencia en punto a escuelas filosóficas; ninguno de aquellos jóvenes era, además, filósofo en sentido estricto, ni tampoco faltó dentro del krausismo —como ha puesto de relieve Diego Núñez— una corriente de aproximación al positivismo.

Estamos, más bien, ante un intento de policentrismo, de hacer de Barcelona una capital de cultura, al margen de Madrid y con su propio campo de influencia sobre todas las tierras catalanoparlantes. Una personalidad cultural requiere siempre un horizonte remoto de tipo filosófico: ese es el papel que, en este caso, desempeña el positivismo. Se trata, por otra parte, y cito a Rovira i Virgili, de "un positivisme comprensiu i assenyat, a la catalana" que alcanza, de ese modo, una difusión amplísima. "Mi libro *La tradició catalana",* anota Torras i Bages, futuro obispo de Vic, "es un lazo de unión entre Taine y Santo Tomás"; y, en la introducción a esa obra capital del regionalismo conservador, afirmará: "siguem positivistes de debó", que podría traducirse castizamente: "seamos positivistas como Dios manda". ¿Cuántos eclesiásticos castellanos de la misma época hubieran suscrito una afirmación semejante?

Les origines de la France contemporaine, de Taine, suponen un vasto intento de aplicación de las ciencias sociales a una nación enferma —derrotada por Alemania en 1870— para tratar de deducir un diagnóstico de sus males: sin un conocimiento previo de la estructura real del país resulta imposible adaptarse al mundo moderno; y esa inadaptación se sonsideraba la causa principal de la derrota sufrida. En el programa de Taine, que él mismo no llegó a desarrollar del todo —*Les origines* quedaron inconclusos a su muerte—, había una premisa que el incipiente nacionalismo catalán hizo suya: la necesidad de respetar la

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

continuidad de fondo de un país, a la que todo proyecto regenerador debe someterse si quiere ser eficaz. Tradicionalismo, pues, por positivismo: aplicación limitada y fijista de la visión de Taine, que es fácil detectar tanto en los ideólogos de l'Action Française como en los doctrinarios conservadores del catalanismo. Otros elementos teóricos, tomados del idealismo alemán, serán añadidos por los nacionalistas del fin de siglo, sin alterar por ello el punto de partida: Taine seguirá siendo, como ha escrito Pla, "l'autor de la minoria pensant del país", el *maître à penser* de la Cataluña que renace. Desde esa perspectiva el krausismo se veía, inevitablemente, como algo lejano y en cierto modo hostil: su tendencia organicista podía dar pie para justificar las variedades regionales dentro de un cuerpo nacional único, contribuyendo así a fundamentar una visión castellanizante del pasado del país.

Esa prevención la comparten, más o menos conscientemente, bastantes de esos graduados que vienen desde Barcelona a coronar sus estudios en Madrid. Son, por otra parte, hombres ya hechos, y hechos en otra ciudad, proclives por tanto a experimentar una sensación de rechazo que alcanza a cuanto forme parte de ese ambiente potencialmente enemigo. "La visió de Madrid", confesará Jaume Carner, "par llei de contrast despertà la nostra consciència de catalans". Naturalmente, caben diversos grados en ese rechazo. Elijamos un caso extremo: Prat de la Riba que, a sus veinticuatro años y siendo ya un teórico y propagandista convencido del nacionalismo catalán, pasa unos meses en Madrid —primavera del 94— para aprobar las asignaturas del doctorado y presentar su tesis. Nada de lo que ve en la capital, que pisaba por primera vez, le agrada: "no hi estaria be, jo, en aquesta terra". De esta estancia queda en él una convicción firme: "la escuela positivista... es, entre todas las que existen, la más radicalmente opuesta al carácter y tradiciones de Castilla".

No resultaba fácil, en el fin de siglo, cuando el nacionalismo catalán empezaba a afirmarse en medio de una inevitable agresividad contra Madrid, la relación intelectual entre las dos ciudades. Y ni don Francisco Giner ni sus alumnos catalanes podían sustraerse a esas tensiones y malentendidos en que, quisieran o no, estaban inmersos. Si he insistido en esta falta de acuerdo inicial, es para valorar debidamente los pasos dados hasta alcanzar un mutuo respeto y comprensión entre la Institución —vista como un fenómeno madrileño desde la óptica barcelonesa— y el naciente nacionalismo catalán tenido, cuando menos, por un factor diversivo, no deseable, incluso por buena parte de la intelectualidad liberal de Madrid. En ese proceso de acercamiento, creo que no es excesivo atribuir la iniciativa a don Francisco quien, alertado quizás por lo que había podido colegir desde su cátedra, acudió a Barcelona para formarse una idea directa de lo que allí estaba sucediendo.

II

Las dos estancias más destacadas de don Francisco Giner tienen lugar durante vacaciones y coinciden ambas con momentos muy tensos de la vida barcelonesa, en los que el catalanismo político cobra fuerza al encontrar eco popular en la calle. La fecha del primer viaje, Navidades de 1897 a 1898, resulta por sí misma suficientemente expresiva; la proximidad de la catástrofe, anunciada de antemano por los nacionalistas catalanes, exacerbó la hostilidad hacia los políticos madrileños, que habían cometido meses atrás la torpeza de suspender "La Renaixença", el primer diario editado íntegramente en catalán: la reacción ciudadana que esa medida suscitó, y el apoyo recibido aun de las sucursales barcelonesas de los partidos políticos a nivel español, supusieron una especie de ensayo general de lo que años después sería la Solidaritat Catalana. Precisamente cuando ésta se hallaba a punto de

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

fraguar es cuando don Francisco vuelve otra vez a Barcelona, en enero de 1906. Dos ocasiones, en suma, estratégicamente elegidas, que denotan un interés, una atención por el fenómeno catalán.

En estos viajes el interlocutor máximo de don Francisco será Joan Maragall, el poeta más destacado de la generación finisecular catalana, y amigo íntimo de Soler i Miquel. Pese a la diferencia de edades —Maragall es veinte años más joven— y de entorno ciudadano, son muchas las cosas en que se asemejan el profesor rondeño y el poeta barcelonés. Los dos, en primer lugar, son burgueses tenidos por revolucionarios. Burgués era Maragall, hijo de un fabricante de tejidos; burgués, don Francisco, por origen familiar y por adscripción profesional a una Universidad mesocrática. Y uno y otro, tenidos por revolucionarios en sus respectivos ambientes, cerradamente conservadores; solo el paso del tiempo les ha devuelto su verdadero perfil, netamente reformista, estrictamente liberal. Los dos, igualmente, ausentes y presentes en la vida política: consumidos por una aguda conciencia ciudadana, evitan sin embargo, el intervenir de una forma directa en la lucha de los partidos, al no sentirse del todo identificados con ninguno de ellos. Los dos, maestros de juventud, especialmente dotados para sintonizar con quienes acababan de asomarse a la vida, dispuestos siempre a enriquecerse en ese trato. Amor de ambos a la Naturaleza, lenitivo de sus angustias, referencia segura para recobrar el equilibrio personal tantas veces amenazado: amor de don Francisco al Guadarrama, adonde él soñaba con retirarse en su vejez; amor de Maragall al Pirineo, de una de cuyas travesías —la de la sierra de Nuria, en compañía de Soler i Miquel— brotaron sus más hermosos poemas de montaña. Amor común, también, a la vida, pese a todo y por encima de todo: su preocupación —idéntica— por el país, su desesperanza en ocasiones, no ahogaran nunca en ellos la confianza en el porvenir, su optimismo innato. Los dos tienen, sobre todo, conciencia de ser intelectuales, esto es, hombres que aspiran a tener un pensamiento propio —y, en consecuencia, una conducta independiente— ante la época que les ha tocado en suerte vivir, ante los problemas de un país que quisieran muy diferente de como, desgraciadamente, es en realidad. Un idéntico sentido crítido, un común y apasionado amor por España, es lo que les une, más bien que una homegeneidad de contenidos mentales o de convicciones últimas. Y eso es, a mi modo de ver, lo que les constituye en interlocutores especialmente válidos para abordar un problema tan espinoso como el catalán.

Maragall lo hará desde su fe inquebrantable en Cataluña y en las posibilidades de regeneración hispánica —como estímulo y como punto de partida— que encierra su nacionalismo. Giner buscará el diálogo, atraído por el barrunto de que en ese nacionalismo catalán puede haber un germen de la moral pública, del ideal colectivo que echa en falta en el país, y a cuya carencia atribuye la raíz misma de sus males. "He conegut a D. Francisco Giner de los Ríos —escribe Maragall, el 4 de enero de 1898— 'que ha vingut aquí a passar aquestes vacacions amb la taleia d'enterar-se del moviment català. No sé si se n'ha anat gaire enterat, però és un home molt simpàtic i menos solemne de lo que jo m'afigurava. Va ésser a casa i em va fer moltes preguntes sobre el 'movimiento religioso y filosófico de Cataluña'. Li vaig dir que no hi havia res d'això, com és un fet. —¿Qué entienden ustedes por nación catalana? — Ja veurà... no ho saben gaire de fixo... una pila de coses". El tono desenfadado de estas líneas —Maragall se dirige a un amigo íntimo— pienso que aumenta su importancia, porque permite subrayar mejor los temas centrales de aquel primer encuentro. No, no acertaba don Francisco al buscar un pensamiento metafísico religioso como sustento de la efervescencia catalana: había, sí, un horizonte filosófico difuso, tomado del positivismo, pero lo importante era una doctrina que, aunque situada a un nivel pre-político, al afirmar la

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

nación como realidad primigenia estaba llamada a trascender a la vida política de inmediato. De ahí esa pregunta bien directa: "¿Qué entienden ustedes por nación catalana? " Lo que los doctrinarios nacionalistas vienen manteniendo, desde la última década del siglo pasado, podría resumirse así: Cataluña es una nación que se integra con otras en el Estado español, organizado sin embargo de espaldas a esa realidad plural. Pero dejemos que sea Maragall mismo quien lo exponga: "Se impone una composición ibérica, partiendo de un primer reconocimiento de diversidad, irreductible a simple unidad, pero no a composición. Yo creo que en esta composición, nunca aún realizada, está el secreto de la grandeza de España. ¡Ay! ya sé que usted no cree en eso" —es Unamuno, en este caso, el destinatario de la carta— "que empieza por no creer en la diversidad irreductible a simple unidad. Y, sin embargo, Portugal —Castilla— Cataluña, ¿no es innegable? ".

Don Francisco, cuando menos, entendió siempre tal planteamiento. De ahí la excitación que Maragall le dirigió, cuando su nuevo viaje a Barcelona en 1906, a sumarse al ideal ibérico, y aun a acaudillarlo. El ideal de tolerancia en que puede cifrarse el mensaje de don Francisco, si quiere encarnar en el pueblo para constituir su moral colectiva, necesita asumir un contenido específicamente nacional, como lo tienen —dirá Maragall— los ideales de vida de Inglaterra, de Alemania o de Francia; sólo entonces se convertirá en un principio "de redención para España" ¿Y cuál puede ser el objetivo de ese proyecto propio? "Algunos creen tiempo ha en una misión que cumplir en el Africa vecina; otros en hacernos núcleo de una civilización iberoamericana; aquí en Cataluña somos muchos los que pensamos que ante todo hay que empezar por descubrir el alma peninsular para reconstituir en armonía con ella todos los organismos sociales de la península ibérica". Y, sin mencionarle expresamente, Maragall pide a don Francisco que se sume a ese ideal: "Vos, maestro, que sois andaluz, que educáis a la juventud en Madrid, que vivís mucho en Galicia y Portugal os es bien conocido, y tenéis una íntima predilección por Cataluña... vos, maestro sin nombre, poned la levadura".

No esperemos de don Francisco —sería equivocar el significado de su figura— una respuesta decididamente política, por ejemplo, una adhesión formal a la Solidaritat Catalana que por entonces estaba constituyéndose. Otro fue siempre su modo de proceder, su "ausencia-presencia" en la vida pública: sus juicios de valor —buscados por tantos discípulos o amigos— denotaron en múltiples ocasiones una inequívoca simpatía por lo que en Barcelona iba cobrando cuerpo. Recordemos tan solo lo que le comunica a Unamuno en marzo de 1908: "Ya sabe usted que soy algo — ¡más que algo! — catalanista". El diálogo, la amistad de Maragall con don Francisco se mantuvo sin eclipse alguno; nadie como él, tan comprometido y a la vez tan desligado del catalanismo político, podía entender su actitud. Alexandre Galí, el pedagogo catalán, ha evocado la imagen de los dos amigos regresando una tarde, cargados de ramos de ginesta de la ladera del Tibidabo, hacia la casa de Sant Gervasi en que vivía el poeta. ¿Podría simbolizarse mejor la lección de concordia, de respeto mutuo, que encarnaron don Francisco Giner y don Joan Maragall?

III

El esfuerzo de don Francisco por conocer y valorar debidamente el nacionalismo catalán suscitó, en correspondencia, una corriente de simpatía hacia su figura y hacia la Institución entre la minoría culta barcelonesa. Ese acercamiento dio sus mejores frutos en la nueva generación, la que he llamado alguna vez "de los *teenagers* del Desastre": son esos

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

intelectuales —un d'Ors, un Ortega— los que más intensamente compadecieron la derrota del 98, por haberles alcanzado en plena adolescencia; y, a la vez, resultan sus primeros beneficiarios puesto que es a raíz del desastre cuando se inicia el sistema de pensiones que les permitió ampliar sus estudios fuera de España. La estancia prolongada en cualquier centro universitario de la Europa básica agudizó, en todos ellos, la conciencia del atraso en que sesteaba el propio país y les empujó, a su vuelta, hacia una decidida acción ciudadana a través de la competencia profesional adquirida.

Aunque siguiera en pie la enemistad frente a Madrid, los jóvenes nacionalistas calatanes buscan el contacto con sus coetáneos madrileños para esa política nueva a que aspiran unos y otros, en función de unas mismas experiencias. Hag, pues, un común proyecto generacional —europeizante, convencido de la necesidad del cultivo de la ciencia—, que resulta más afin a los ideales mantenidos por la Institución que no el sistema de valores a que respondía la generación anterior, la finisecular: "del 98", vista desde Madrid, pionera del nacionalismo por lo que respecta a Barcelona, e incluida en su conjunto bajo la rúbrica estética de "modernismo". Don Francisco, y la Institución como tal, van a desempeñar un importante papel en esa prometedora etapa de las relaciones intelectuales entre las dos ciudades.

La Institución era, en primer lugar, una especie de laboratorio pedagógico donde se venían ensayando muchas de las reformas que la nueva generación contribuiría a introducir en Barcelona. El momento no podía ser más adecuado por ambas partes. En 1907 se crea la Junta de Ampliación de Estudios, organismo del Ministerio de Instrucción Pública, pero directamente inspirada por don Francisco, a través de la tenaz personalidad de Castillejo. Ese mismo año, Prat de la Riba accede a la presidencia de la Diputación de Barcelona, al abrigo de la cual se crea de inmediato el Institut d'Estudis Catalans, réplica de la Junta madrileña, y cuyo primer secretario será Josep Pijoan. La peculiar situación de Barcelona, a punto de convertirse en capital de cultura, refracta en sentido nacionalista el proyecto nacido de la Institución, pero el objetivo de ambas entidades es el mismo: mandar becarios a otros países para que, a su regreso, pongan en marcha la investigación científica que en la Universidad no se realizaba sino a través de algunos núcleos esporádicos y aislados. La Junta y el Institut se influyen entre sí y se estimulan mutuamente, aún sin mantener contacto oficial alguno; Pijoan actúa, de forma silenciosa pero eficaz, como hombre-puente durante los primeros y decisivos años de ambas instituciones.

Esta colaboración informal fomentó progresivamente un tipo de vinculación más íntima: la Institución se convirtió en el hogar intelectual, en el apeadero madrileño de aquellos muchachos catalanes. La casa del paseo del Obelisco, donde un equipo de hombres compartía unas mismas ilusiones, donde además de una escuela había un hogar —el de don Francisco y la familia Cossio—, atraía a quienes se sentían indefectiblemente ajenos en una ciudad tan distinta de Barcelona. Pijoan, integrado enseguida en aquel ambiente, fue de los primeros en llamar a don Francisco como lo hacían las hijas del señor Cossio, niñas entonces: "el abuelo". Cuando una aventura sentimental le empujó a abandonar para siempre Cataluña, su cobijo fue la Junta, que le envió como becario primero a Londres y luego a Roma, aunque, desilusionado por la penuria de medios en que se desenvolvía la investigación española, emigrase pronto a América. Si no tan extremada, fue bastante semejante la trayectoria de otros muchos jóvenes que acudieron a la Institución como a uno de esos "rincones privilegiados de Madrid" a los que aludía Eugenio d'Ors, otro de los que la frecuentaron mientras estuvo en la capital, como doctorando de Derecho y luego como corresponsal del periódico catalanista "La Veu". Desde que, en octubre de 1910, la Junta de Ampliación abrió la Residencia de Estudiantes, nunca faltaron en ella los catalanes, instala-

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

dos de forma estable, o de paso como opositores a cátedra, circunstancia en la cual Madrid había de parecerles especialmente hostil, sobre todo si el resultado era adverso.

Pero la Institución, desde el punto de vista catalán, no era tan solo un laboratorio pedagógico o el ambiente más acogedor que cabía hallar en Madrid, sino un núcleo de gentes auténticamente liberales —más allá del sedicente partido liberal del turno—, capaces de comprender los supuestos del catalanismo. En aire fabiano que siempre tuvo la Institución, su carácter de gabinete de estudios al servicio de cualquier intento reformista, hizo concebir las mejores esperanzas a aquellos jóvenes: "La meva idea", confesaba el Pijoan ya anciano a Josep Pla, "és que Catalunya ha estat sempre i serà sempre un element de perturbació d'Espanya, fins que es constati l'existència d'un grup comprensiu i naturalment eficaç —s'entén, en la activitat de la legislació—, que tracti, en el terreny de la cultura, de lligar-se. A mi em semblà que aquest grup era la Institució, Libre de Ensañanza i el seu fundador". El triunfo de la Solidaritat, que desbancó en Cataluña a los viejos partidos de la Restauración, lejos de fomentar una corriente separatista entre los nuevos intelectuales, les llevó a buscar un más operativo entendimiento con la juventud madrileña animada de un análogo deseo de transformación del país. El explicar porqué ese intento fracasó nos llevaría muy lejos, hacia acontecimientos sociales y políticos posteriores a la muerte de don Francisco: triunfó entonces la otra corriente, la particularista —simbolizada en el slogan "Catalunya endins"—, que es la alternativa real, y no un presunto separatismo, a momentos de euforia como este a que ahora nos referimos, en que el nacionalismo catalán —al sentirse seguro— abrigó propósitos imperialistas, encaminados a promover una nueva forma de convivencia peninsular. Esta digresión puede ayudar a entender qué es lo que esperaban de la Institución los jóvenes nacionalistas y qué papel asignaban a Giner en esa maniobra de convergencia con sus coetáneos madrileños: el papel de mediador, de antepasado común —de "abuelo"— que los confiriera el sello de una continuidad con el empeño liberalizante que la Institución venía llevando a cabo desde un tercio de siglo atrás; la Institución y sus gentes eran, en suma, el vínculo religador de esas nuevas minorías que aspiraban a remover la conciencia española. Solo así cobra su pleno significado el epitafio que d'Ors dedicó a don Francisco desde las páginas de la revista "España" en 1915: "¡Adiós, don Francisco, padrecito nuestro! ¡Adiós, viva lucecita de albergue, encendida en la gran noche moral de España! ¿Te has apagado para condenarnos a la larga tiniebla, a nosotros, peregrinos pecadores? ¿O bien, acaso, porque ya en el oriente, diríase que apunta una indecisa claridad? ".

Una cadena ideal de contactos intelectuales nos ha llevado desde Soler i Miquel —aislado, en medio de una Barcelona positivista, en su krausismo por devoción a don Francisco—, pasando por Maragall —fraternalmente unido a Giner en un mismo amor crítico a España—, hasta la nueva generación catalana, que busca en la Institución una raíz común con sus coetáneos madrileños y un estímulo para sus empresas de cultura. Queda así esbozado tan solo un capítulo de nuestra historia intelectual, que ilumina dos sectores minoritarios tan importantes como el institucionista y el nacionalista catalán. En torno a un problema tan real como es el de la difícil convivencia peninsular, hemos visto reaccionar a unos hombres movidos por un vivo afán de comprender. Quizá en muchas cuestiones que no tienen una fácil solución inmediata, el primer paso sea siempre ese: reconocer honradamente que el problema existe. Y ese paso, me atrevería a afirmar que fue dado, tanto por don Francisco Giner como por quienes, desde Barcelona, propugnaban la transformación de España en base a su pluralidad nacional.

BOLETÍN AEPE Nº 16. Vicente CACHO VIU. D. FRANCISCO GINER Y EL NACIONALISMO CATALÁN
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes